

JEAN-CHRISTOPHE RUFIN

*La vuelta al mundo
del rey Zibeline*

Traducción de Javier Ignacio Gorraiz

Título original: *Le tour du monde du roi Zibeline* (Editions Gallimard, 2017)

Primera edición: noviembre 2018

Esta obra se benefició del apoyo de los Programas de Ayuda a la Publicación del Institut français

Copyright © Jean-Christophe Rufin y © Editions Gallimard, 2017

Copyright de la ilustración de cubierta © AdobeStock, 2018

Copyright de la traducción © Javier Ignacio Gorraiz, 2018

Copyright de la edición en español © Armaenia Editorial, S.L., 2018

Prohibida la venta en los países de América Latina



Armaenia Editorial, S.L.

www.armaeniaeditorial.com

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-947345-7-1

Depósito legal: M-35734-2018

Impresión: Gráficas Cofás, S.A.

Impreso en España

Benjamin Franklin, con el rostro contraído por el dolor, se mantenía de pie detrás de su silla, sujetando con sus manos el respaldo de madera y mirando la puerta con crueldad.

Sus reumatismos no lo dejaban en paz desde que había regresado a Filadelfia. Esto iba de mal en peor. Dos condenados, provenientes de la prisión vecina, lo llevaban sentado en su sillón. Esta pareja de ladrones lo adoraba, pero para su gusto apestaban a alcohol más de la cuenta.

Benjamin Franklin miraba la puerta porque no tardaría en abrirse. Todas las mañanas era la misma espera y la misma decepción. El grupo de solicitantes, la procesión de admiradores que venían a besarle las manos y a pedirle su ayuda. Las mismas historias de juicios injustos, de vecinos en guerra, de viudas necesitadas. Apenas escuchaba, asentía, soñaba, como el viejo que era, con el destino que había conocido y con el que nunca conocería. ¡La ingratitud de los pueblos! ¿Quién había negociado con los ingleses en nombre de los colonos americanos? ¿Quién era el redactor de la Declaración de Independencia Americana? ¿Quién había creado el primer servicio postal, el cuerpo de bomberos, los grandes

periódicos de opinión? Y, ¿quién había representado a los Estados Unidos, recién nacidos, ante los franceses durante casi once años? Sin embargo, a su regreso, los conspiradores se habían repartido el poder y le habían negado los puestos importantes para los cuales tenía derechos de sobra y todos los honores. Él también habría merecido efectivamente que se le escuchara y se le concedieran sus deseos, pero ¿quién lo haría?

La puerta se entreabrió. Su secretario se asomó.

—¿Está listo, señor?

Benjamin Franklin masculó un «no». Luego dio trabajosamente una vuelta alrededor del sillón, sobre el que se desplomó con un quejido de dolor.

—¿Quiénes están esta mañana, Richard?

El viejo servidor, acostumbrado desde hacía tantos años a calmar el mal humor de su amo, consultó con tranquilidad una lista que tenía a mano.

—Inscribimos doce. Pero, si usted quiere, hay treinta más afuera, en la calle.

—¡Maldición! Dame ese papel.

El viejo se calzó sus anteojos con lentes bifocales. Era uno de sus inventos, el único que todavía le era útil, puesto que ahora no se preocupaba mucho por el pararrayos... Recorrió, balbuceando, la lista de apellidos. Todos esos Lewis, Davis, Kennedy le resultaban demasiado familiares, aunque nunca los hubiera visto.

—¡Mira! —señaló indicando con su dedo huesudo hacia el medio de la lista—. Conde August y condesa A. ¿Quiénes son esos dos? ¿Se llama verdaderamente A., esa condesa?

Richard bajó la cabeza. Era pequeño y rechoncho y esa actitud le daba el aspecto de un perro sumiso.

—Usted sabe que tengo problemas con las palabras extranjeras, señor. Esas dos personas vienen de Europa y no pude comprender bien sus nombres. Hay algo como «ski» al final.

—Entonces, ¿pusiste los nombres?

—El del señor. En cuanto a la dama, hasta su nombre es difícil.

La palabra «Europa» había despertado a Franklin. Desde su retorno le había invadido tal nostalgia por ese continente que todo lo que podía referirse a este, lo atraía.

—Vienen de Europa, dices... ¿De dónde en particular?

—De París.

El viejo sabio abrió los ojos sorprendido. En verdad, lo que más había contado para él en Europa había sido París, pues allí había conocido el triunfo, la felicidad y ¿podía decir el amor?

—¡De París! ¿Ya los he visto?

—Eso es lo que insinúan. En fin, aseguran que usted los conoció, pero que tal vez ya no los recuerde. Sobre todo es la dama quien...

Franklin se inquietó. No sabía qué pensar. La idea de volver a ver personajes que llegaban de París era la mayor felicidad que podía desear. Y si había conocido a esa dama allí, mejor todavía. ¿Pero, entonces, qué venía a hacer con su marido?

—¿Qué quieren? ¿Te lo dijeron? ¿No te parecen... malintencionados?

Richard movió sus labios.

—¡Para nada! ¡Al contrario! Están muy ansiosos por verlo y se alegran de ello.

El misterio se intensificaba, lo que lejos estaba de disgustar a Franklin. A su edad, ¿qué podía desear sino sorpresas e historias bien narradas...?

—¡Despide a los otros! Que vuelvan mañana o que se vayan al infierno. Y haz entrar a ese conde August y esa dama que, parece, he conocido.

—Bien, señor.

Benjamin Franklin se quitó sus anteojos. Retiró unas migas que estaban sobre su traje y se estiró los faldones. Luego, alisó y peinó detrás de sus orejas los pocos pelos que le quedaban y que conservaba largos. Resultaba curioso cómo la palabra «París» tenía un efecto inmediato: se mantenía más derecho y cuidaba por demás su apariencia, sin ilusiones, desgraciadamente, respecto de los encantos de su pobre cuerpo tullido. No importa, se iba a hablar de una época en la que esas miserias no le agobiaban aún.

Richard volvió a abrir la puerta, esta vez de par en par, e hizo entrar a la pareja. El hombre y la mujer caminaban a la par, ella levemente adelantada. Él la abrazaba por la cintura, pero con discreción. Era un gesto natural, familiar y tierno.

Los dos eran bastante altos. Él parecía un poco mayor, pero a lo sumo tenía unos cuarenta. Ella era muy juvenil, no obstante, con una seguridad y una madurez de mujer realizada.

En primer lugar, Benjamin Franklin los examinó juntos, pues la pareja que componían transformaba sus

individualidades y les confería una suerte de presencia común. Luego, se ubicaron cada uno en un asiento que Richard les había adelantado y Franklin pudo examinarlos por turnos. El conde August tenía un rostro tostado, unos ojos azules muy dulces y sus cabellos rubios y cortos no estaban ni empolvados ni cubiertos por una peluca. En su actitud se leía una extraña mezcla de vivacidad, de autoridad, casi de violencia. Al mismo tiempo, por la manera atenta y profunda que tenía de mirar, se percibía un espíritu reflexivo, orientado más a la meditación que al sueño, que extraía de la realidad la rica materia de un pensamiento que tenía, detrás de ese rostro enigmático, su vida y sus propios impulsos. De inmediato, Franklin le tuvo un poco de miedo.

Franklin se cuidó de examinar con demasiada severidad a su compañera. Sin embargo, no eran ganas lo que le faltaba. Ella era, precisamente, todo lo que este había querido en la vida. Resplandeciente de juventud y de salud, con una elegancia típicamente parisina, su expresión era reservada, pero la mirada brillante de inteligencia. Se mantenía erguida con su vestido de muselina de las Indias azul pastel, largo y amplio, femeninamente entallado alrededor de un corsé de encaje que descubría sus delgados brazos. Sus ojos estaban apenas maquillados con lo justo de negro que se necesitaba para resaltar la intensidad de su iris azul. Su peinado no era una maravilla y sin duda lo había arreglado ella misma, sosteniendo las agujas en su boca. Pero se veía que era la obra maestra habitual de una mujer experta, como esos platos simples que grandes cocineros preparan apresuradamente para visitas inesperadas. Y esos refinamientos no le quitaban

nada a la impresión de solidez y de voluntad que desprendía la joven mujer.

Franklin, desgraciadamente, había interrogado su memoria en vano: si bien esta condesa le recordaba tantos encuentros encantadores que él había tenido en París, no lograba evocar ninguna relación particular. Le recordaba a otras mujeres por sus modales y sus formas, pero a ella, como persona singular, no la reconocía.

En cierto sentido, era mucho mejor. No tenía nada que reprocharse. De todos modos, esto solo hacía que el enigma se tornara más apasionante.

—¿Así que vienen de Francia? —comenzó, mirando a sus huéspedes uno tras otro.

—No directamente. Primero hemos estado en Santo Domingo. Pero, permítame presentarnos, estimado señor Franklin. Soy el conde August Benyovszky y esta es mi esposa, Aphanasie. Estamos acompañados por nuestro hijo, Charles.

—¿Y dónde está ese niño?

—En la posada. No queríamos molestarlo con él. Tiene solo ocho años...

—Haberlo traído. Adoro a los niños. ¿Puedo preguntarles por qué vinieron a América?

—Para verlo a usted.

—Pero, vaya. ¡Qué honor!

Franklin estaba en sí mismo un poco contrariado ante la idea de que estos visitantes pertenecieran, por diferentes que fueran, a la especie de solicitantes que lo perseguían cada día. Afortunadamente, no dudaba de que su petición fuera más

original que las intervenciones que se le pedían de costumbre.

—¿Son franceses, entonces? —retomó para conducirlos en primer lugar a contar un poco sobre ellos.

—No. Yo soy húngaro —dijo August—. O, más bien, polaco. En fin, digamos que soy un poco las dos cosas.

—Comprendo —dijo Franklin que, de todas formas, nunca había cultivado sus conocimientos sobre esas profundidades de Europa—. ¿Y usted, señora, también es polaca?

—No —pronunció Aphanasie—. Soy rusa.

Su voz firme, un poco grave para su sexo, era aún más sensual.

—¡Rusa, no me diga! La hubiera creído parisina...

—No sé si es un elogio...

—¡Lo es! —se apresuró Franklin.

—En ese caso, lo acepto con gusto y se lo agradezco. De hecho, hemos vivido un poco en París.

—¿Y, perdóneme la indiscreción, fue allí donde se conocieron?

—No, señor. Aphanasie y yo nos conocimos en las costas del Pacífico.

August había dicho eso con tranquilidad, como si le hubiera propuesto a Franklin un paseo a la orilla del vecino Delaware.

—¡Del Pacífico! ¿Son navegantes?

—Si bien hemos recorrido los mares, no diría eso.

A Franklin le gustaban esos pequeños enigmas. Casi había olvidado sus reumatismos, aunque su cadera lo punzara un poco.

—Perdón por mi curiosidad: habitualmente y cuando no

están de visita aquí en mi casa en Filadelfia, ¿dónde viven?
¿En el Pacífico?

—No, en Madagascar.

—¡Vaya, vaya, vaya!

Franklin no sabía mucho sobre esa isla africana y lo poco que había retenido le hacía pensar que era salvaje. Le echó un vistazo a Aphanasie. Esta, la dama más importante jamás vista, que esparcía suavemente, a su alrededor, un perfume sutil de lilas y de jazmín, sonreía con tranquilidad.

—¿Y qué hacen en Madagascar? Supongo que allí tienen un empleo.

August reflexionó un instante y luego dijo sobriamente:

—Soy rey.

Esta afirmación, venida después de tantos misterios, terminaba por volver inverosímil todo lo que August y su mujer habían declarado. Esa palabra, como la última carta de un castillo que lo hace desplomarse, desbordó la benevolencia de Franklin. Miró a esos dos personajes como a dos atrevidos que se burlaban de él. Se levantó gesticulando a causa de su cadera.

—¿Creen que mi ignorancia llega a tal punto?

—¿Qué quiere decir?

—¿Acaso piensan que no sé que en Madagascar habitan negros? Y que su rey, si existiera, no podría ser húngaro o polaco.

Aphanasie se inclinó levemente hacia adelante y estiró la mano. Llevaba en el anular un anillo adornado con un gran zafiro que combinaba con su vestido. Un esmalte color marfil hacía brillar sus uñas. Franklin sintió los dedos de la joven

rozar el dorso de su mano.

—Es verdad, señor. August es el rey de ese país. Lo llaman el rey Zibeline.

«¡Zibeline!», pensó Franklin. «¿Y qué más? Todo eso no tiene ningún sentido».

Aphanasie miraba al viejo sin pestañear y este deglutió con dificultad.

—Así sea —gimió—. Les creo.

Después de todo, él hacía correr una gran cantidad de esas historias de aventureros que obtenían imperios en tierras de salvajes y vivían entre ellos como déspotas. Tal vez, estos dos eran de esa clase. Sin embargo, al verlos tan elegantes, tan libres, tan educados, Franklin no lograba hacer corresponder esa imagen con la idea que él tenía de los aventureros y de los piratas.

Aphanasie se levantó. Hubo un silencio, luego August retomó la palabra.

—Soy rey, pero no deseo seguir siéndolo. Por eso precisamente vinimos a verlo.

«Si es rey, decididamente no es un soberano como los otros», pensó Franklin. «Nunca conocí rey alguno que renunciara por propia voluntad a ese privilegio». Todos esos misterios acababan por gustarle y extraía un beneficio de ellos.

—Perdónenme, mis queridos amigos. Tengo razones para creerles, ya que me parecen dignos de confianza. Pero, permítanme decirles que su asunto es, por el momento, absolutamente incomprensible.

—Solo queremos explicárselo —dijo August—. De hecho, atravesamos el Atlántico para eso.

—Bien, adelante.

—Sucedee que es una larga historia.

—Una historia muy larga —reforzó Aphanasie, la joven a la que Franklin no le quitaba los ojos de encima.

—Esta historia atraviesa muchos países, pone en escena dramas y pasiones violentas, se desarrolla en pueblos lejanos, cuyas culturas y lenguas son muy diferentes de todo lo que se conoce en Europa...

—¡No importa! Al contrario, llevan mi curiosidad al máximo. Nada me gusta más que escuchar grandes historias. Me hacen olvidar mi edad y mis males.

—La verdad que es muy larga y para contarla necesitaremos, quizá, varios días.

—Mientras su relato me apasione, serán bienvenidos. Sean para mis dolores lo que Sherazade es para la muerte. Interrúmpalos con sus palabras.

—Así sea —concluyó August con seriedad—. Le contaremos nuestra historia turnándonos. Si Aphanasie me autoriza, seré yo quien comience.

Benjamin Franklin se arrellanó en su sillón, con los ojos entrecerrados. Afuera, torbellinos de viento hacían volar las hojas de arce en el jardín de otoño. Richard había encendido un fuego y servido una taza de té humeante delante de los conversadores. El perfume de Aphanasie colmaba el aire templado de la habitación. ¿Podía haber sobre esta tierra, pensaba Franklin, una imagen más perfecta de la felicidad?

AUGUST

I

Diría que todo comenzó el día en que mi padre expulsó a mi preceptor. Se llamaba Bachelet. Era un francés. Lo teníamos en nuestra casa desde hacía tres años. Antes de su llegada, mi existencia era de una gran tristeza. Usted sabe lo que es la vida en esos viejos castillos... No, por supuesto, no lo sabe. ¡No tienen nada de eso aquí, en América!

Imagine una inmensa edificación negra, con gruesas paredes como dos caballos uno al lado del otro. Los pocos orificios eran los que mi bisabuelo había hecho abrir en la época en que la amenaza de los turcos se había alejado. La región es verde en verano. Habría que desconfiar siempre de los países verdes, pues se debe a que están bien regados.

De hecho, en primavera y en otoño, vivíamos bajo la lluvia. En los confines de la llanura húngara, allí donde las tierras ascienden suavemente hacia los Cárpatos y Polonia, las nubes trepan a lo largo de las pendientes, ahogan los valles y se irritan ante la menor resistencia. El pico sobre el cual estaba construido nuestro castillo pagaba cara su arrogancia: la mitad del año era golpeado con borrascas y aguaceros. Las lluvias de otoño solo cedían ante las primeras nieves y en el

invierno todo se congelaba en un frío de hielo.

Era mi estación preferida: clara, blanca como el suelo escarchado y azul al igual que un cielo sin nubes. He pensado muchas veces, que los colores de nuestros escudos de armas eran un homenaje a los tintes resplandecientes del invierno. Uno de mis ancestros, en lo profundo de un glaciar mes de enero como a los que estábamos habituados, habría elegido su blasón al mirar el paisaje a través de su ventana.

En todo caso, antes de la llegada de Bachelet, mi infancia fue triste y solitaria. Mis hermanas, mayores en edad, fingían no conocerme. Mi madre era una mujer mundana que viajaba sola a la corte de Viena. La adoraba, aunque nunca me hubiera manifestado la menor ternura y por más que reprimiera mis impulsos cuando aparecía. Admiraba su gran belleza, su elegancia, sus ojos color del cielo de invierno que tuvo la bondad de legarme. Era un ser agradable, frágil, envuelto en chales a la menor corriente de aire. Solo sobrevivía al castillo permaneciendo en la proximidad de inmensas chimeneas donde los criados, para mantener vivo el fuego, echaban leños enteros. Me sorprendía que, siendo tan frágil, pudiera dar a luz a tres niños. Yo todavía era muy débil y me entristecía cuando contemplaba sobre las paredes los retratos de mis rudos ancestros magiars, cubiertos de corazas, armados de espadas que debían pesar dos veces mi peso. Solamente era feliz con hacerle a mi madre ese regalo de tener al menos un niño a su altura, en el cual, yo esperaba, ella pudiera encontrar sus mejillas hundidas, sus finos cabellos claros, sus delgados miembros...

Pese a que ella no parecía percatarse en absoluto de estas afinidades ni alegrarse de ellas, me daba la dicha de sentir, en

ese castillo lúgubre, el calor de un parentesco. Mi madre era la única persona en quien pude reconocerme. La única que me permitía pensar que no había caído en este lugar por azar y en medio de extranjeros, sino que allí había sido engendrado, que tenía mi lugar en un linaje. Lamentablemente, esta semejanza con ella no duró demasiado. Como verá, el tiempo iba a hacerme abandonar esa primera apariencia, frágil e infantil, para dotarme de un cuerpo totalmente semejante al de mis brutos ancestros, que durante mucho tiempo me costó mover. En cuanto a mi madre, pronto se reveló que lo brillante de sus ojos no se debía a la belladona, sino a la fiebre. Sus mejillas se hundían cada vez más y ella adquirió, aún con vida, un aspecto de fallecida. En vano fue arrojar troncos de árbol en las chimeneas, pues en poco tiempo ya nada pudo calentar su cuerpo. Murió en uno de esos meses azules y blancos de invierno, cuando yo tenía nueve años. Me quedé solo con mi tristeza, que nadie parecía compartir. Una semana después del entierro de mi madre, no quedaba ninguna huella de ella en el castillo. La dominación masculina sobre los lugares se extendió de manera absoluta en todas las habitaciones. Se extinguieron los fuegos, se redujo el número de candelabros. Los perfumes que me gustaba respirar al deslizarme detrás de mi madre desaparecieron cediendo lugar a olores de cuero y de pieles ásperas. Mi padre, que no se había preocupado demasiado por mi existencia hasta ese momento, comenzó a hacer de mí lo que él estaba tan orgulloso de ser: un hombre.

El asunto comenzó mal. Mi padre era imponente, de carácter duro, y su voz fuerte, que había hecho maravillas

cuando estuvo al mando de un regimiento de artillería, me aterraba. En su presencia, me paralizaba y me volvía completamente estúpido. Lo que intentó enseñarme en primer lugar, la genealogía de la familia, me parecía tan incomprendible como si hubiera hablado en chino. Me golpeaba para hacerse entender, elevaba más la voz y sus malas maneras agravaban aún más mi torpeza.

De repente, un día, la tortura cesó. Durante toda una semana, mi padre me dejó tranquilo. Temí que estuviera urdiendo un plan de venganza contra mí. Ya me imaginaba entregado a los turcos como esclavo, empleado en las más humildes tareas en los campos por nuestros aparceros o incluso arrojado a esas mazmorras, cuya abertura un día me hicieron descubrir, bajo los sótanos del castillo.

En lugar de eso, me confió a Bachelet.

El profesor llegó una mañana de lluvia, al final de la primavera. Y como él mismo tenía una apariencia gris, parecía caído de una nube. Observé su delgadez, sus pálidos labios, sus largas y delicadas manos. Nunca había visto un ser semejante en nuestra compañía de vigorosos rubicundos. Si tenía que parecerse a alguno, era a mí mismo, todavía niño y de sangre débil por aquel entonces. Tenía casi mi altura, lo que le hacía parecer minúsculo entre los de la casa. Y esa estatura modesta, unida a una sonrisa que estaba constantemente pegada a sus labios, revelando que era indefenso y que cualquiera podía derribarlo, le otorgaba un extraño poder sobre los individuos en masa, hombres y mujeres, que eran nuestros servidores. Inmediatamente, tuvo un lugar aparte en el castillo, no en relación con su fuerza, sino con la autoridad

que a algunos da la renuncia absoluta a cualquier ambición, mientras que los pensamientos permanecen fuera del alcance de las voluntades exteriores.

Hasta mi propio padre se desconcertaba cuando se encontraba ante él. Bastaba con que Bachelet apareciera en el salón, para que mi padre buscara inmediatamente un pretexto para abandonarlo. Todo el mundo se preguntaba sobre los motivos de esa huida. Nadie, salvo yo, la hubiera relacionado con la entrada discreta, por una puerta que disimulaba un trampantojo, de un hombrecito vestido de negro que mantenía los ojos bajos.

Mucho más tarde supe que la contratación de Bachelet era una de las últimas voluntades de mi madre. Antes de que la enfermedad la llevase, le había hecho jurar a mi padre que se me enseñaría francés. Ignoro qué relaciones había tenido ella con esa lengua. Algunos me hablaron de un amante que conoció en Viena e incluso de una escapada a París. Habría traído de allí, cuando decidió volver al castillo, mezclados con muchas lágrimas, los únicos recuerdos felices capaces de mantenerla viva.

Mi padre le había jurado a mi madre que llevaría a cabo su voluntad. Ahora, por conocerlo mejor, no temo afirmar que habría roto con facilidad ese juramento si hubiera sentido la necesidad. Antes de honrar ese compromiso, había intentado, por cierto, enderezarme él mismo. Como esa breve experiencia lo había convencido de que no lo lograría y de que, de todas maneras, no lo merecía, consideró que confiarme a un preceptor extranjero era un daño menor. En pocas palabras, Bachelet tuvo vía libre para educarme.

Lo hizo con gran dulzura. Desde el primer día, y pese a que supiera un poco de alemán, siempre me dirigió la palabra en francés. Primero, esa lengua entró en mí con el encanto de un ornato exótico. Luego, se convirtió en nuestra lengua secreta. Nos permitía decir todo sin que nadie nos entendiera. Más tarde, cuando supe que la voluntad de mi madre había sido hacérmela aprender, hice de su uso un homenaje póstumo a la que había conocido tan poco y había amado tanto. Sin duda, mi madre me habría confiado profundos secretos si hubiera podido comunicarse conmigo en esa lengua, puesto que había sido para ella la de la libertad.

Bachelet me impresionó de inmediato por su actitud para conmigo. Me demostraba respeto, pero no el respeto frío y temeroso que me tenían los criados del castillo por la sencilla razón de ser el hijo de un conde. Ese respeto era brutal, irónico, teñido de desprecio; no se les había escapado que mi padre no me guardaba ninguna estima.

El de Bachelet solo estaba hecho de bondad. Se lo manifestaba a todos los seres humanos y, me atrevería a decir, a todos los seres vivos. Tomaba una planta rozándola discretamente. Les hablaba a los animales con una profundidad que parecía conmoverlos. Me sentía feliz de tener mi parte en esa consideración universal, una parte de ser vivo, sin nada más de lo que mi rango me concediera. Un día en el que nos detuvimos frente al árbol genealógico que mi padre había hecho pintar al fresco sobre la pared de la entrada, Bachelet advirtió a una de mis tías abuelas particularmente ilustre. Creí que había reconocido su nombre, célebre en Polonia, y yo iba a sorprenderme. A día de hoy, aún no estoy seguro de

que lo hubiera descifrado. Solamente era su rostro sobre el retrato en medallón lo que lo había conmovido.

—¡Qué bellos ojos tenía esa mujer! —me dijo.

Dicho esto, de repente, bajados de sus ramas, ilustres o decadentes, mis abuelos bailaron en farándola entre nosotros, libres e iguales, bajo la maliciosa mirada de Bachelet.

Las primeras semanas tras su llegada fueron aún más lluviosas y mi maestro, como temía, me hizo permanecer sentado en la biblioteca del castillo. Era una habitación alta, revestida de encuadernaciones. Los libros, que ni mi padre ni nadie utilizaba, estaban encerrados detrás de grandes enrejados en latón. Por eso, la biblioteca se parecía más a una prisión en la que se mantenían cautivas las ideas, los sueños novelescos y la poesía. Siempre entraba con temor en esa sala silenciosa, donde se me aislaba durante largas horas, cuando era castigado.

Bachelet había solicitado las llaves de los armarios y, gracias a él, la biblioteca recobró la vida. Sacaba volúmenes de sus estantes, los abría y, conmigo, descifraba pasajes enteros. Esas tumbas de cuero se mostraban colmadas de tesoros. Bachelet leía con entusiasmo. Le daba el tono exacto, hacía gestos, reía con las humoradas y casi dejaba caer unas lágrimas cuando el texto era trágico.

Primero imaginé que el estudio con él se limitaría a esos ejercicios intelectuales, en el cercado de una apacible biblioteca. Cuando llegaron los primeros días de primavera, me llevó afuera y pasamos a actividades inesperadas. La mañana

nos encontraba levantados. Me reunía con Bachelet en la cocina. Los hornos se despertaban y llenaban las bóvedas de una tibieza perfumada de sabrosas mantecas. En las paredes, las cacerolas de cobre tintineaban con luces cálidas, bajos los primeros rayos de sol. Tan pronto como el pan con manteca era devorado y bebido el café, partíamos. Y, para mi mayor felicidad, dejábamos el castillo. Hasta entonces, había pasado mi vida allí. Cuando el día estaba agradable, tenía a lo sumo el derecho de correr por las terrazas y de recorrer dando zancadas los caminos de ronda y los patios. El castillo era tan grande que no me sentía recluso. Sin embargo, cuando junto con Bachelet viví la experiencia de salir de él y de alejarme, me pareció más pequeño y descubrí cuán grande era el mundo. Mi preceptor me hizo visitar las granjas, las fábricas de harina y me condujo incluso hasta los poblados cercanos donde trabajaban artesanos. Cada salida era la oportunidad para descubrir un pequeño universo. En los colmenares vi donde se introducían abejas en secreto para la elaboración de la cera y de la miel. En los establos pudimos contemplar el extraño espectáculo del ordeño, y yo, el hijo del señor, recibí como un gran privilegio el derecho de ungir mis dedos con grasa y de sacar la leche en un balde de hierro blanco. Incluso tuve la oportunidad, llegada la estación, de asistir al parto de varios corderos. En casa de los artesanos, entrábamos en los talleres y Bachelet detallaba minuciosamente para mí todas las operaciones necesarias del trabajo. Así, aprendí cómo se hacía el pan, cómo se cortaban troncos de madera, con qué fuerza se lograba mover las ruedas que molían el trigo. Cuando regresábamos, Bachelet extraía de esas experiencias un sentido filosófico.

También me enseñó lo que sabía de matemáticas y me transmitió su pasión por Newton. En las noches de verano, subíamos un telescopio de cobre para observar las estrellas.

Me habló de la Enciclopedia, vasta empresa que sus autores habían comenzado sin saber si la llevarían a buen término. Bachelet profesaba una opinión a la que siempre volvía en sus explicaciones. «El entendimiento humano en su integridad, decía, proviene de nuestros sentidos. La razón no es algo dado, una capacidad innata de nuestro entendimiento. Se forma, como el juicio y todas nuestras facultades, en contacto con el mundo. Un filósofo, concluía, no podría quedarse en su habitación. Debe ir al encuentro de lo real, experimentarlo». Me hablaba con pasión de un tal Condillac, que había conocido, así como de un inglés llamado Locke, a quien admiraba mucho.

Pues Bachelet era filósofo. Cuando mi dominio del francés fue satisfactorio, alcanzamos, a través de nuestras incessantes conversaciones, una familiaridad suficiente para que le formulara preguntas sobre su vida. Así, supe que había abrazado esta carrera veinte años antes. Fue introducido en la filosofía como se le había querido introducir en la religión. Sus padres eran comerciantes de Mâcon. Era el octavo hijo, había descubierto la vida a orillas del Saona, se había apasionado muy pronto por la existencia de los barqueros, la pesca, las rutas de esa sal lejana que veía cómo remolcaban los cargamentos. Cuando a los catorce años fue enviado a París al seminario, estaba completamente decidido a no quedarse. Allí aprendió lo que necesitaba del latín y leyó a los autores de la Antigüedad en lugar de a los Padres de la Iglesia. La

libertad que se le había dado de ir y venir a la ciudad durante el día le permitió conocer gente en los cafés.

—Los filósofos tienen esa particularidad —me confiaba con nostalgia de ese tiempo—, que cuando se conoce a uno, se los encuentra a todos.

Con el primero que se cruzó fue con un muchacho de su edad que poseía más dedicación que talento y que D'Alembert había empleado en la Enciclopedia. Por medio de él conoció a su maestro, quien a su vez le presentó a Diderot. En la casa de este, mantenían reuniones ruidosas y siempre alegres, en las que se hablaba mucho y aparecían personas cuyos nombres me revelaba con la reverencia que los sacerdotes reservaban a los santos y a los mártires: Rousseau, Holbach, Grimm, Hume y ese famoso abad de Condiillac, a quien tanto estimaba.

Comprendí que en ese cenáculo Bachelet cumplía un rol modesto, pero apasionado. Su pobreza, desde el momento en que rompió con sus padres, lo obligaba a desempeñar diversos oficios que en ocasiones lo alejaban del estudio. No desdeñaba ninguno, ya que todos le permitían ampliar su experiencia del mundo. Había copiado música, vendido obleas e incluso servido como lacayo en un palacete del barrio Saint-Germain. Sus amigos filósofos afortunadamente lo habían ayudado a buscar empleos más favorables para el uso de sus talentos y de su saber. Había partido como secretario de un diplomático francés en Prusia. Más tarde, había servido como preceptor de las hijas de un terrateniente austríaco. Tras su matrimonio, se había encontrado sin empleo y alguien le había informado de que mi padre

buscaba un profesor particular de francés.

—Así, la Providencia lo condujo a nuestra casa —le dije un día.

—¡La Providencia no existe! —replicó colérico—. Nunca hay que entregarse a fuerzas pretendidamente superiores. Le corresponde al hombre tomar las riendas de su destino y nadie podría hacerlo en su lugar.

Él, que tanto creía en las virtudes del diálogo y que habitualmente solo enseñaba bajo la forma de amables conversaciones, no había soportado escucharme hablar de la Providencia. En adelante, me cuidé de pronunciar esa palabra delante de él.

Esa misma tarde, leímos *Cándido*. Este libro, como el *Tratado de las sensaciones*, el *Discurso sobre la desigualdad* o la *Carta a los ciegos*, no podíamos esperar encontrarlo en la biblioteca del castillo. Afortunadamente, Bachelet lo había traído con él en su pequeña maleta.

*

Decir que admiraba a mi preceptor francés es poco. Lo quería. Me había abierto al mundo y me había hecho comprender la necesidad de descubrirlo. Había sido el primero en tratarme como un ser humano e incluso como un igual. Había compartido su saber y me había obsequiado con el uso de una lengua en la cual tantas obras geniales estaban escritas.

Sin embargo, había un límite para esa admiración y me molestaba demasiado. En una palabra, diría que Bachelet, si bien inculcaba a través de su enseñanza el gusto por la vida,

no parecía haber sacado un provecho tan grande como esperaba. Era de una pobreza sórdida y se acomodaba a ella. Yo observaba sus calcetines agujereados que él mismo remendaba, su traje raído que su modesto salario no le permitía reemplazar y su ropa blanca amarillenta. Al crecer, y a esa edad el cuerpo se transforma, le sobrepasé rápidamente. Sus delgados miembros, su tez lila, su suave respiración cuando andábamos por los caminos, lejos de acercarlo a mí como cuando yo era más niño, hacían que en adelante lo compadeciera. Delante de él, sentía un poco de vergüenza respecto de esa sangre proveniente de mis abuelos que corría en mí y esparcía por todo mi ser una fuerza, unos deseos, un coraje de los que él carecía por completo. En el fondo, era la víctima de su propio sistema. Al enseñarme el mundo, dejándome esperar sus bellezas y desear sus pruebas, había despertado en mí voluntades que él era incapaz de ejemplificar. Creo que él lo sentía y no se hacía muchas ilusiones. Me veía devorar los ricos platos que preparaban nuestros cocineros. Le costaba seguirme en nuestras aventuras rurales. Detectaba mis apasionadas miradas cuando nos cruzábamos con muchachas ligeramente vestidas que conducían sus rebaños, con un pan en la mano, por los caminos que cubrían de polvo sus piernas desnudas. Yo sabía que él sabía. No obstante, como lo quería y temía ofenderlo, le oculté el placer que obtenía en los ejercicios corporales que mi padre había programado.

Pues desde el día en que mi padre había visto mi labio delimitarse con un naciente bigote, había exigido que siguiera, en paralelo con la enseñanza de Bachelet, una formación en armas. Esa era la tradición para los muchachos de la familia.

Primero, había creído escaparme, debido al desprecio que mi padre tenía hacia mí. Pero, ya sea porque hubiera observado, pese a todo, los progresos que lograba gracias a la enseñanza de Bachelet, y vuelto a tomar un poco de consideración respecto de mi persona, ya sea porque simplemente hubiera esperado mis trece años y la formación de mi cuerpo para someterme a eso, mi padre terminó encargándole al maestro de armas que me impusiera sus ejercicios.

Aunque las mañanas continuaran estando reservadas para Bachelet, las tardes las dedicaba a desenvainar la espada, a montar a caballo e, incluso a veces, a participar en simulaciones de batalla que ordenaba mi propio padre. Había organizado a sus gentes en una pequeña armada. Los campesinos sometidos a su ley no tenían otra opción, cuando él lo decidía, más que ponerse en fila, picas u horcas en mano, y obedecer las órdenes que gritaba con su potente voz.

Nunca habría imaginado divertirme tanto en esos juegos. Me gustaba la velocidad del galope, el riesgo de los saltos a caballo por encima de los troncos de árboles dispuestos en el gran patio, el peligroso juego de los combates de sable. Y cuando, para uno de esos ejercicios, mi padre me hizo vestir un uniforme de dragón cosido especialmente para mí, me sorprendí de la felicidad que sentí al abotonar contra mi pecho la rígida tela, cubierta de bordados y de galones.

¿Cómo le habría podido explicar a Bachelet que obtenía el mismo placer, aunque de una naturaleza diferente, al seguir sus enseñanzas, en aprender de memoria extensas páginas de Jean-Jacques Rousseau, en reproducir en mi boca las bellas sonoridades de la lengua francesa que ahora

dominaba con fluidez? Fingía entregarme a los ejercicios militares como a un tormento. Bachelet sonreía; pienso que no era la víctima de esas hipocresías. En suma, estas le convenían. Daban cuenta, pensaba él, de que me había enseñado lo esencial: tomar distancia respecto de tus pasiones. Su enseñanza, desde ese punto de vista, fue un fracaso total. Nunca emprendí nada sin poner mi corazón ni entregarme por completo. Y a pesar del respeto que le tengo, diría que no lo lamento.

En esa época, había en la mirada de Bachelet, cuando pienso en eso, una tristeza que yo no sabía valorar por completo. Actualmente, estoy convencido de que había visto venir el fin de nuestra relación mucho antes que yo. En cuanto a mi empeño por endurecerme, lo entristecía comprender hacia dónde conducía ineluctablemente mi entrada en la plenitud de la fuerza y en la edad adulta. Y, en efecto, la tormenta que él presentía estalló un poco antes del comienzo del otoño. Bachelet estaba con nosotros desde hacía casi tres años.

¿Cómo llegó mi padre a concebir sospechas? He dicho que sentía una viva antipatía por Bachelet. El alma humana está hecha de tal manera que dispone gustosamente de propiedades malélicas para lo que detesta. Tal vez, también, alguien en el castillo había expresado en secreto una acusación. Sin embargo, pese a que la mayoría de nuestros criados estaban celosos de Bachelet y sentían desconfianza de sus sabios modos, no creo que hubiera alguno que pudiera reunir información comprometedoras contra su persona.

En el castillo no había clérigo. Las misas ordinarias eran celebradas por un pequeño canónigo casi iletrado que vivía en una casa parroquial en medio de una de las poblaciones vecinas. Siempre se marchaba temblando, conmovido por haber ingresado, sin sufrir castigo, en el mundo de los maestros que sus padres tanto le habían enseñado a temer. Un prelado venía de la ciudad a officiar para las grandes celebraciones y los sacramentos. Era un personaje mundano y muy hipócrita. Contaba con el agrado de mi padre, porque le perdonaba todo al pecador que sabía poner suficiente hipocresía en su redención. No conocía a Bachelet y las sospechas no pudieron provenir de él. Al contrario, es muy probable que mi padre le hubiera

consultado para instruir el proceso en cuanto puso la mano sobre los primeros documentos probatorios.

Mi maestro mantenía una abundante correspondencia con su país de origen y recibía cartas de forma regular. Llegaban pesadas misivas cansadas de haber recorrido los correos de Europa, a veces manchadas con diversas materias, vino, aceite, tal vez sangre. Es muy posible que llamaran la atención del conde, mi padre. Yo mismo, tuve más de una vez la curiosidad de abrirlas discretamente para saber qué contenían. No tenía los medios, pero mi padre podía recurrir fácilmente a los servicios de un espía de los que se halla en todas las cortes, incluso en las más pequeñas. Lo cierto es que solo golpeó cuando estuvo seguro de contar con pruebas lo suficientemente contundentes.

Fue a comienzos de octubre. En los días precedentes aún había hecho buen tiempo. Bachelet me hizo visitar un matadero por última vez. Desde entonces he pensado, muy a menudo, en esa última lección de realidad y la consideré como una escena sagrada comparable a los últimos momentos de Jesús con sus discípulos. El lugar estaba situado aproximadamente a una legua del castillo, a orillas de un río. Fuimos a pie. Bachelet montaba a caballo, pero desde que yo me había entregado a las armas, me forzaba a acompañarlo caminando, incluso para las más largas expediciones por el vecindario. Supongo que por medio de esto pretendía imponerme otro ritmo, una postura más humilde y hacer andar mis pensamientos al paso de los peripatéticos.

Los animales que debían morir eran amarrados en un corral y mugían.

—La muerte —me susurró Bachelet— siempre se hace sentir. La vida se apega tan íntimamente al ser que no puede separarse sin que antes este sienta dolor.

Fuimos a la parcela de polvo de ladrillo donde se llevaban a cabo las ejecuciones. Detrás, en otras salas abiertas, los cadáveres abatidos con frialdad colgaban de ganchos. Unos aprendices vestidos con camisas y cubiertos de sangre procedían a desollarlos y a descuartizarlos. Solo nos detuvimos para estudiar, a la manera de la Enciclopedia, con qué saber riguroso se relacionaban sus actos. Pero Bachelet me hizo comprender que allí, en suma, todo estaba dicho: en esas habitaciones, en los sitios donde los bueyes gemían de pie, reinaba la muerte, al igual que afuera era la vida la que aún dominaba. El misterio se hallaba entre los dos y era necesario acercarse. Permanecimos mucho tiempo en el pequeño hangar destinado a la faena. Bachelet parecía fascinado por la observación de ese instante tan breve y tan misterioso durante el cual la mirada del animal se apaga, en el que la muerte toma lo vivo, mientras que antes de desaparecer, el animal parece haberse dado cuenta de una última e irrefutable verdad. Para él, que tanto valoraba la cosecha de los sentidos, ese momento trágico era como una invitación a nunca renunciar a la observación del mundo hasta ese último segundo incluido, en el que quizá todo será revelado.

Dos días más tarde, dirigiéndome a la convocatoria de mi padre en la biblioteca, tuve la impresión de penetrar nuevamente en el lugar de la faena. La atmósfera seca, como de costumbre repleta de senderos de cera y de madera, esta vez me pareció saturada por un violento y repugnante olor a sangre.

Bachelet ya estaba allí, convocado desde el primer momento. Se mantenía de pie, bien derecho; sus ojos ojeros y siempre un poco amarillentos estaban bien abiertos. Miraba a mi padre sin insolencia, pero con la decidida intención de no dejar escapar nada de lo que el mundo iba a enseñarle. El conde estaba sentado en un inmenso sillón que había hecho traer del salón de gala. A cada lado del preceptor, dos guardias uniformados se balanceaban, inmensos, con el traje hinchado por los músculos y el fusil al hombro. Como si a mi padre no le bastara con mostrarse como el amo de manera tan evidente, como si la presencia de esos fuertes soldados no resaltara por sí misma la debilidad del acusado, el desdichado Bachelet fue obligado a dar explicaciones en alemán. Dominaba lo suficiente esa lengua como para entender todas las acusaciones, pero no para defenderse, lo que de todos modos, comprendí rápido, no tenía ninguna intención de hacer.

Delante de mi padre, sobre una mesa, estaban expuestos como trofeos de caza diversos objetos que pertenecían a mi preceptor. Salvo cartas y periódicos, reconocí los libros con los cuales pasábamos tantas horas hermosas.

Cuando se hubo completado la puesta en escena y ablandado debidamente al acusado por la espera silenciosa, mi padre tomó la palabra. Sin mirar nunca a Bachelet, enumeró los crímenes de los cuales, según él, se lo culpaba.

—Tuvo la audacia de propagar en esta honorable y piadosa casa las ideas de criminales condenados por la Iglesia y por el rey de Francia. Lo contraté para que le enseñara francés a mi hijo August. Y en lugar de hacerle conocer autores

de buena reputación que, por lo que se me dijo, no faltan en Francia, le metió en la cabeza ideas peligrosas y falsas.

Vi pasar por los ojos de Bachelet un destello irónico. Habría detectado al mismo tiempo que yo una leve contradicción en las palabras de mi padre: aunque las ideas fueran falsas, no son peligrosas y se las puede refutar. Ambos habríamos discutido mucho tiempo acerca de un tema semejante. Era inútil pretender llevar a mi padre al terreno de la dialéctica. Ya había continuado, de manera muy apresurada, con el propósito de completar la acusación para pronunciar la sentencia.

—Por cierto, me enteré de que usted no se contentó con propagar esas obras impías; usted intervino en su redacción. Es amigo de esos enemigos de la religión, de esos envenenadores del espíritu. ¡Mantiene correspondencia con ellos!

Había dispuesto sobre la mesa un paquete de cartas y las desplegaba en abanico.

—Aquí tengo correspondencias firmadas por el Sr. D'Alembert, por el Sr. Diderot, autores que, confieso, ignoraba. También de Holbach, cuyas tesis heréticas hicieron resonar hasta mí su siniestro eco.

Luego, como para cortarle la palabra a Bachelet que, sin embargo, seguía tranquilo, agregó, arrojando las cartas y mostrando publicaciones.

—También recibe gacetas que se permiten cuestionar las muy autorizadas opiniones del arzobispo de París e incluso de Su Santidad el Papa.

Después de esas vivas palabras, cayendo en su sillón, concluyó:

—Oculta bien su juego, señor Bachelet. Para ser sincero, tiene un aspecto inofensivo. No obstante —pronunció abrazando con un gran movimiento todos los documentos dispersos sobre el terciopelo verde de la mesa—, utiliza armas peligrosas y quizá mortales. Mortales en todo caso para el alma. Afortunadamente, Dios me previno a tiempo para que pudiera salvar la de mi hijo.

Sentía que mi padre no estaba completamente satisfecho con esta escena. Esperaba una resistencia, una protesta que le habría permitido volver sobre el terreno que le era familiar y donde se sentía seguro de su superioridad: el de la violencia y los insultos.

Por el contrario, Bachelet permanecía en silencio, con su eterna sonrisa en los labios, la mirada clara, el ojo ávido por registrar todo.

Mi padre buscaba un medio para provocarlo, sin darle, no obstante, a ese charlatán la ocasión de humillarlo a través de una perorata a la cual no habría podido responder. Finalmente, fue a lo más simple:

—¿Cree en Dios, señor Bachelet? —gritó.

El francés buscó sustraerse. Esbozó un gesto evasivo con la mano.

—Seamos más precisos. Sí o no, ¿cree en Nuestro Señor Jesucristo?

Bachelet tosió y emprendió en su alemán incompleto una demostración en la cual reconocí la opinión de Voltaire sobre el Gran Arquitecto del Universo.

—¡En Cristo, dije, señor Bachelet! ¿Cree en Cristo: sí o no? —repitió el conde, interrumpiéndolo.

—No.

Se hizo un largo silencio, alterado solamente por las gotas de una lluvia de aguacero que las ráfagas de viento empujaban contra la ventana. Mi padre se persignó y balbuceó una oración.

—Bien, esta es mi sentencia —pronunció levantando la cabeza—. Abandonaré inmediatamente este castillo y nunca más volverá. Un carruaje lo conducirá fuera de los Estados del emperador, de modo que ya no pueda difundir sus ideas dañinas.

Tuve la impresión de escuchar, como la víspera, el hierro cortante del hacha romper el hueso frontal del condenado. Vi pasar, en un breve instante, el mismo brillo del saber último en los ojos bien abiertos de mi maestro. Luego, el destello desapareció y dejó aparecer un vacío glacial.

—¿Puedo ir a buscar mis pertenencias?

—Es inútil. Todo está aquí.

Mi padre señaló, en un alejado rincón de la biblioteca, una pequeña pila donde reconocí las alforjas que Bachelet llevaba en nuestros paseos y la maleta que tenía en la mano al llegar tres años antes.

Antes de recoger esas míseras cosas, Bachelet quiso tomar sus libros al pasar, pero el conde dejó caer su mano ruidosamente sobre la pila de documentos.

—¡Al fuego, todo esto!

Me levanté, y estaba a punto de acercarme hacia mi maestro para abrazarlo cuando el conde me agarró del cuello. De nuevo con su brutalidad natural, sin temer ya la afrenta venenosa de un soñador, se dirigió a mí con un tono amenazante

que me recordó las terribles sesiones de antaño.

—Quédese donde está, hijo mío.

El niño temeroso reapareció por un instante en mí y volví a sentarme.

Bachelet atravesó toda la biblioteca haciendo chasquear, a pesar suyo, las suelas de madera de sus zapatos de mala calidad sobre las baldosas. Luego, abrió la gran puerta de roble tallada con follaje y desapareció, seguido por dos guardias. Poco después, un ruido de frenos y de ruedas de hierro indicó que el carruaje se lo llevaba. Entonces, mi padre se levantó y salió a su vez. Me encontré solo en la biblioteca y lloré en silencio hasta la caída de la noche.

Esperé diez días sin manifestar nada. Incluso estuve decidido a mostrarme alegre y lleno de pasión en los ejercicios físicos. Luego, le pedí una audiencia al conde.

—Padre —le anuncié—, mi formación está completa. Monto a caballo tan bien como es posible. Sé tirar con cualquier tipo de armas, batirme y dirigir una sección, gracias a su enseñanza. A partir de ahora, solo me falta la práctica. Deseo alistarme en el ejército imperial.

Mi padre me miró de arriba abajo. Tenía el aspecto de sospechar una mala jugada en relación con el asunto de Bachelet. Pero lo miré fijo, formé sobre mi rostro un gesto tan ingenuo que no halló elemento alguno para sospechar de mí. Gruñó su acuerdo y me despidió.

En él, creo, el orgullo de verme distinguir a la familia sirviendo al emperador se unía al alivio de librarse de mí. No esperé a que cambiara de parecer y me puse en marcha al día siguiente. Los días anteriores, había tenido tiempo de preparar la partida. A decir verdad, habiendo partido Bachelet, ya no tenía nada ni nadie a quién abandonar. Un solo detalle contaba para mí: quería llevar sus libros.

Después de haber rechazado devolvérselos, mi padre

había ordenado a un viejo criado que los quemara. Ese hombre no estaba de mi lado. Me habría obedecido si le hubiera dado una orden, pero se lo habría contado de inmediato al conde. Dudaba entre la idea de abrirle mi corazón, como sin duda lo habría hecho Bachelet, o la decisión contraria presentada más bien bajo las formas de mi padre: comprarlo, acompañando esa corrupción con una amenaza implacable. A mi pesar, consideraba más segura esta última solución. Me dio mucha satisfacción. Pude así meter en mi petate una media docena de octavillas sin cubierta, de las cuales ya sabía de memoria un centenar de líneas. Este hecho acabó por revelarme que salía de la infancia como un ser con dos caras: en una se leía la bondad fraternal que conservaba de mi preceptor, esa fuerza del sentimiento que, según su enseñanza, siempre debería guiar las elecciones morales. Y sobre la otra, la brutalidad, el vigor, la cólera, herencia inalienable de mi padre, que nunca ninguna filosofía sería capaz de moderar del todo. El resto de mi vida demostraría que ese doble bagaje no dejaría de pesar sobre mis hombros, aunque mi deseo fuera abandonarme únicamente a la dulzura.

Mi padre me había entregado una carta para certificar mi filiación y avalar mi educación militar. Me autorizó a llevar uno de los trajes de gala que había utilizado para sus importantes ejercicios, como también mis armas. Estas consistían en dos pistolas y un sable, que había pertenecido a mi abuelo y con el cual había masacrado a varios turcos. Para que nadie se atreviera a pensar que mi partida pudiera deberle algo a la de Bachelet o constituyera un acto hostil contra mi padre, este organizó una ceremonia de despedida ante sus tropas

montadas en guardia de honor, desde la puerta del castillo hasta la primera aldea de nuestro vasto territorio.

A mediodía, estaba fuera de alcance desde las murallas y pronto llegué más lejos de lo que jamás me hubiera aventurado hasta ese momento. Luego, salí de nuestras tierras y entré en comarcas desconocidas. Sombrías nubes me llamaban, al norte, detrás del horizonte. Con el corazón pesado, una especie de náusea en el estómago y una loca esperanza en la cabeza, sonreía a todos los campesinos ocasionales, levantando mi sombrero de tres picos. Tenía catorce años.

*

Los diez años siguientes fueron ocupados solo por la guerra. Conseguí unirme con dificultades a un regimiento, preguntando en las posadas si alguien sabía dónde se encontraban los ejércitos. Se reían de mí. Afortunadamente, terminé dando con el regimiento de Liebeschien. El coronel que lo dirigía era un pariente lejano de mi padre, quien le dio una gran importancia a su recomendación. Me convertí en teniente. Se me confió una media docena de pobres tipejos mal calzados. Tuve la pronta lucidez de no utilizar con ellos los métodos de mi padre. No me habrían permitido obtener nada. Me comporté más bien como me había enseñado Bachelet cuando visitábamos los pueblos. Aprendí sus nombres, sus edades, sus oficios. Me informé sobre la salud de sus mujeres, sobre el crecimiento de sus hijos. Me quisieron y eso hizo que la vida fuera muy feliz, entre las batallas.

Porque la guerra, que nos enfrentaba como siempre a

Prusia, estaba allí. El juego de alianzas, por cierto, cambiantes, otorgaban a ese enemigo el refuerzo de tropas provenientes de muy lejos. Cuando fue sellado el acuerdo entre Austria y Francia, tuve la dicha de ver de nuestro lado a soldados nativos de los suburbios de París, de Provenza y de Champaña. Aún no sabía demasiado bien qué era un país, aunque, habiendo recorrido Sajonia, Bohemia y Austria, hubiese comenzado a considerar la diferencia entre un Estado y el pequeño territorio en el que había nacido y al que hasta ese momento había creído poder reducir el mundo. Sin embargo, le preguntaba a cada francés si, por casualidad, se había cruzado con Bachelet, filósofo de profesión. Ninguno de ellos, por supuesto, había oído hablar de él, pero parecían conmovidos por mi pregunta y nadie se burlaba de mí.

En esos primeros años, tuve la posibilidad de participar en cuatro batallas. Durante la primera, mi sección estaba ubicada en posición de reserva y no tuvo que intervenir. Solo alcancé a conocer de ese asunto los exaltantes ruidos de cañonazos y los gritos de victoria. Salí colmado de felicidad. En el fondo, eran los juegos de mi infancia, las entretenidas maniobras de mi padre, salvo que se habían reemplazado los sables de madera por verdaderas armas que brillaban al sol con todos sus bronces. La segunda fue el sitio de Praga. La gloria de liberar a los pobres civiles atrapados en la trampa de los prusianos borró de mi conciencia el ruido de los huesos quebrados y los gritos de los enemigos que morían. Las dos batallas siguientes, en Schweidnitz y en Domstadt, fueron auténticas responsabilidades y me mostraron el rostro atroz de la verdadera guerra.

La vida militar me ofrecía mucho tiempo libre. Tuve la oportunidad de leer detalladamente y de meditar los textos que me había ofrecido Bachelet a pesar suyo. Me di cuenta de que su enseñanza, lejos de constituir una doctrina, un sistema, era una suerte de colegio desordenado de ideas tomadas de diversos pensadores y que no siempre estaban de acuerdo. Lo que le importaba era el encuentro de esas ideas entre sí y sobre todo de estas con el mundo. Ahora bien, aunque en la vida cotidiana del regimiento pudiera sentirme en armonía con esas páginas de sabiduría, las batallas me desanimaban profundamente. ¿Cómo dejar hablar a su conciencia, ese «instinto divino» que, según Rousseau, señala el Bien, cuando todo ordena romper el cráneo del desdichado hermano que se tiene en frente? ¿Cómo escapar a la maldad humana cuando su oficio es intervenir e incluso convertirse en el mejor en violencia y en crueldad?

Mis valientes soldados eran seres sensibles, lo que conseguí por medio de mi bondad. Buscaban la fraternidad en ese cuerpo militar, sociedad organizada en torno a algunas necesidades cotidianas (la cocina, el aprovisionamiento de agua, el montaje y desmontaje del campamento, etc.). Y así, listos para la batalla, ante sus semejantes desconocidos a los que, sin embargo, tenían más razones para amar que para odiar, se transformaban en carniceros sin piedad. En la tercera batalla, creí haber tenido la mala suerte de participar en una excepcional masacre. Además, fui víctima de mi primera herida, una quemadura leve en el brazo, que hizo que me compadeciera de mí mismo y olvidara un poco el sufrimiento de los otros. Pero la cuarta batalla, que fue considerada como una

victoria compartida con los franceses, resultó ser más sangrienta que la anterior y me dejó sin esperanzas y listo para cambiar de profesión.

Al recibir la herencia de mi padre, pensé que llegaba la ocasión de hacerlo. Esperaba que me permitiera abandonar el oficio de las armas. Por desgracia, la sucesión del conde resultó ser calamitosa. Durante el tiempo en que se me informó sobre su fallecimiento y pude volver al castillo, los maridos de mis hermanas ya se habían apropiado de nuestros bienes y me impugnaron su posesión valiéndose de documentos falsificados. Sublevé a los campesinos que me eran fieles y atacé el castillo. Mis cuñados apelaron a la corte de Viena y fui declarado culpable por un fallo de la emperatriz. Tuve que devolver nuestros bienes a sus usurpadores y abandonar los Estados de la emperatriz.

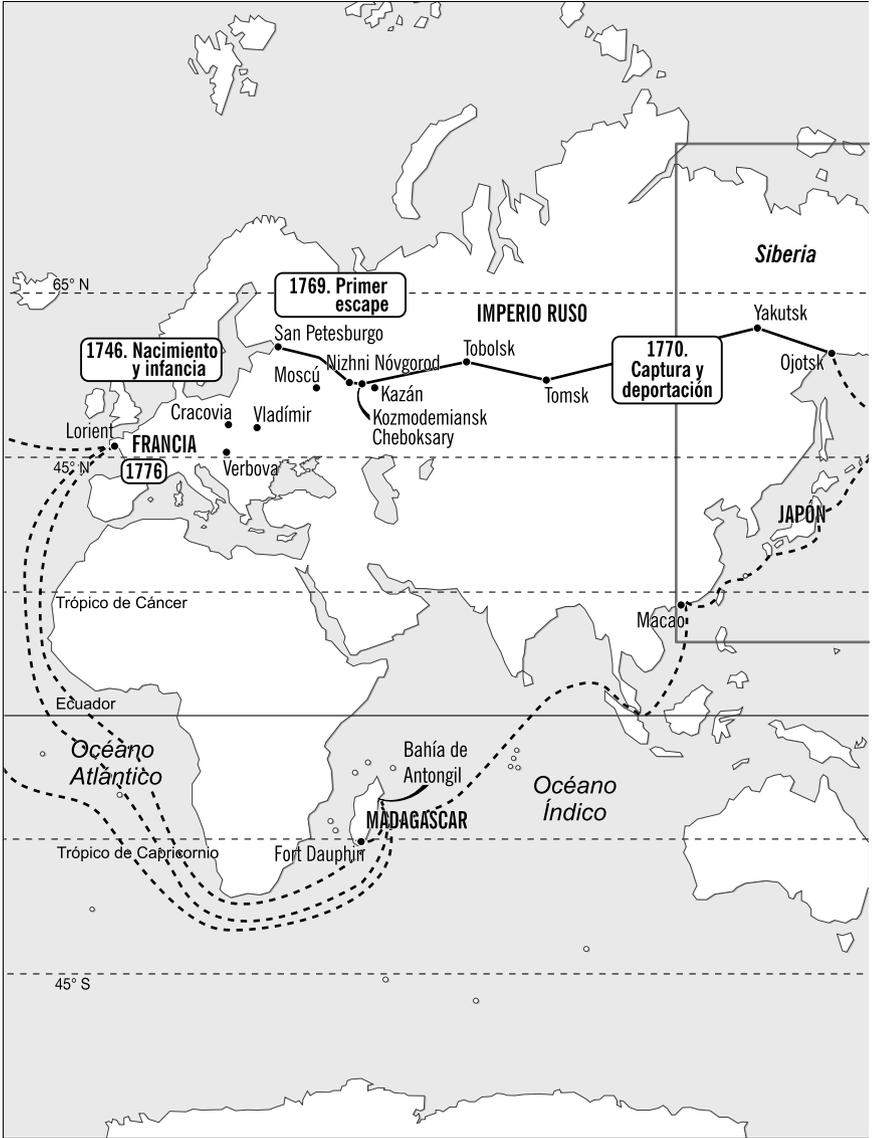
Tenía apenas veinte años y lo había perdido todo.

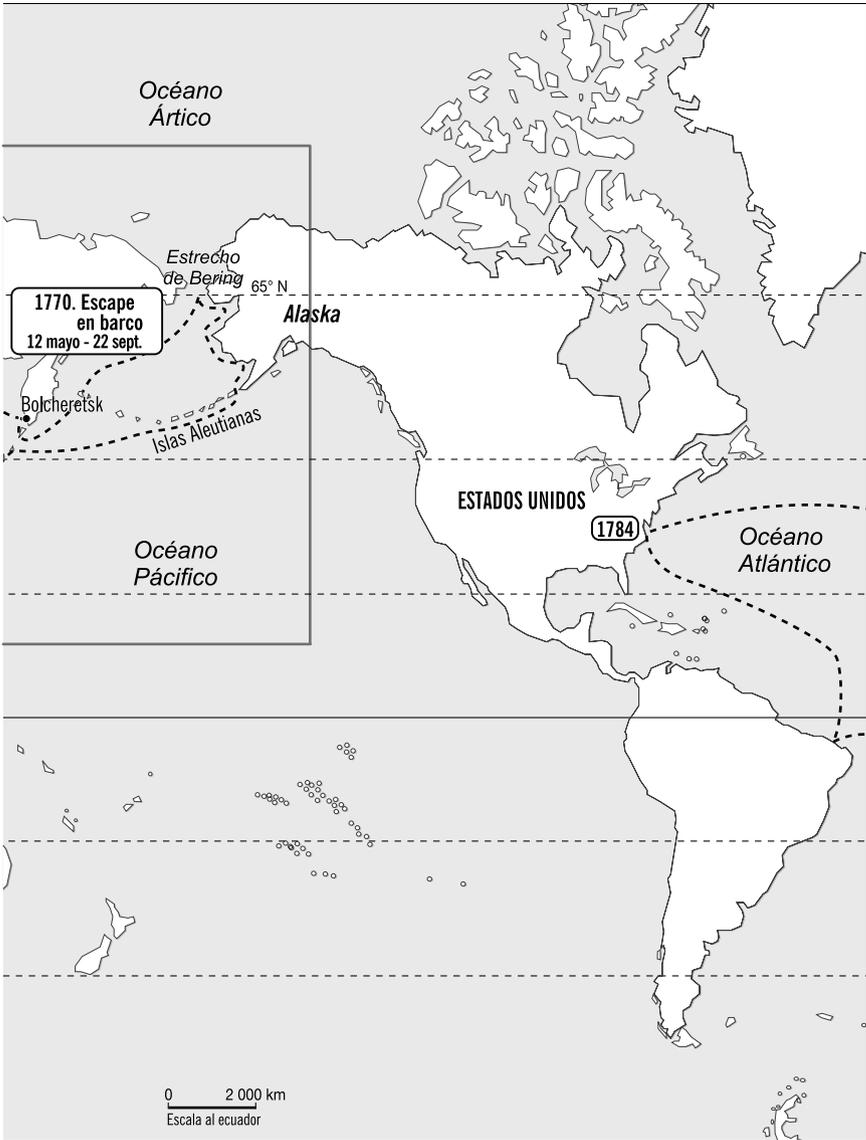
Era un soldado sin ejército, porque Austria me había desterrado. Mi único conocimiento era el arte militar. Pero ya no lo consideraba como un elegante y vigoroso uso del cuerpo, ya no tenía fascinación por la marcha al compás de las tropas ni por el poder de las cargas de caballería. Solo veía en eso una ciencia de muerte, la quintaesencia de lo que la sociedad podía hacer del hombre, cuando se alejaba de la fraternidad.

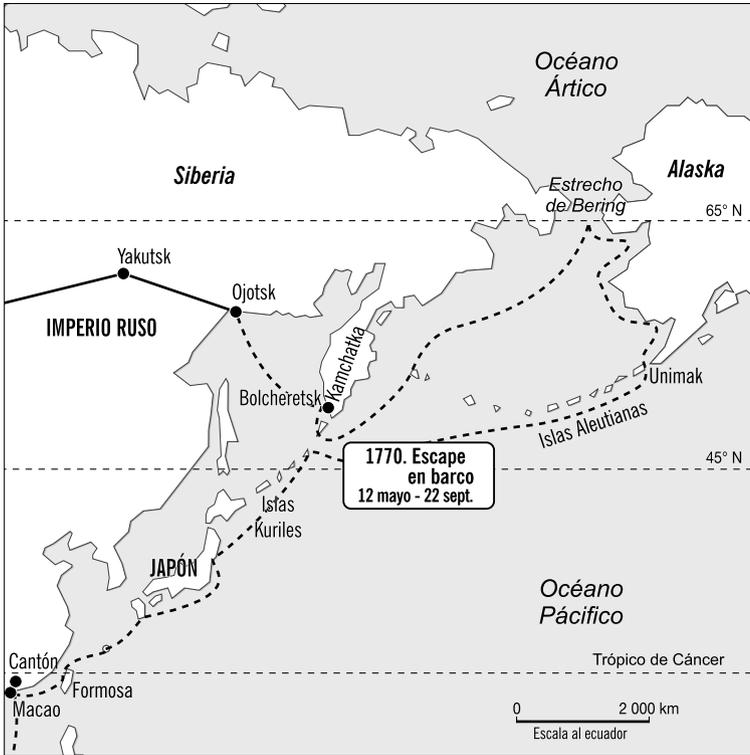
¿Qué posición tomar? Condenado a las armas, decidí al menos cambiarlas. Me parecía que el mar podía ofrecerle a un soldado una posibilidad más noble, incluso más bella, de batirse, si era necesario. Ya no quería barro, trincheras, caballos muertos. Al menos, en los océanos el viento levantaba los miasmas y los regueros de espuma lavaban las suciedades

de los cuerpos. También me dije que al adquirir la ciencia náutica podría abrazar una carrera de navegante en la marina mercante y romper finalmente un día con las necesidades de la guerra.

Partí para Danzig, luego para Hamburgo. Tuve la suerte de navegar en dos embarcaciones que no tuvieron que combatir en absoluto y donde me sentí perfectamente feliz. El mundo del mar y de los puertos me encantó. Tuve la posibilidad de agradecer cien veces a Bachelet sus lecciones. Efectivamente, había tenido razón al convencerme de que todo nuestro entendimiento proviene de nuestros sentidos. ¡Cuán diferentes habrían sido mis ideas si me hubiera quedado en el castillo! Lo que luego descubriría, nunca lo hubiera imaginado. Proyectaba ir más lejos aún y estaba listo para embarcarme hacia las Grandes Indias cuando la Providencia, en la que Bachelet no creía, volvió a buscarme para conducirme hacia un combate del cual ya nunca más podría apartarme.







PRÓXIMOS TÍTULOS

16 *Tigerman*
NICK HARKAWAY

17 *La excavación*
ANDREI PLATONOV

TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

11 *Marcas en la pared*
ALASTAIR BRUCE

12 *Insumisa*
YEVGUENIA YAROSLÁVSKAIA-MARKÓN

13 *Hombre Tigre*
EKA KURNIAWAN

14 *Azúcar negro*
MIGUEL BONNEFOY

15 *La vuelta al mundo del rey Zibeline*
JEAN-CHRISTOPHE RUFIN

